

BIBLIOGRAFÍA

Marina, José Antonio: *El misterio de la voluntad perdida*, Anagrama, Barcelona, 1997, 324 págs.

Fin de trayecto. Con *El misterio de la voluntad perdida* culmina un viaje que ha tenido parada y fonda en los siguientes libros: *Elogio y refutación del ingenio*; *Teoría de la inteligencia creadora*; *Ética para náufragos*; y *El laberinto sentimental*. Es necesario decir los títulos de los cinco libros porque tienen unidad interna y continuidad: forman parte integral de un viaje completo al que invita el autor, y que vale la pena hacer. Marina se mueve con soltura y gusto en las emergentes, bullisicosas y apasionantes ciencias cognitivas, en las que confluyen psicología, neurología, informática, inteligencia artificial... Como resultado, los libros que parecen más conseguidos son los dos primeros, que tratan del conocimiento humano.

¿Qué se puede encontrar en el último libro de la saga? De forma sintética: Un análisis del desprestigio de la voluntad, del *tener fuerza de voluntad*, que ha llevado a su desaparición. Su lugar vacío ha sido ocupado por la motivación y otros sucedáneos psicológicos. Marina muestra la incapacidad de estos sustitutos, cuya característica común es la pasividad, para explicar muchos actos humanos. Acude luego a su noción querenciosa: la inteligencia, para cimentar sobre ella la voluntad como motivación inteligente, o como dirección inteligente de la acción. El resto del libro consiste en poner a prueba la bondad práctica del concepto.

Tras la lectura, se pueden obtener dos conclusiones. Una es negativa: al dar por terminada la búsqueda, la voluntad sigue tan perdida como al principio. La voluntad propiamente dicha, es decir, la facultad que ama, o la capacidad de amar de la persona, o el origen del anhelo de amar y ser amado, no aparece por ningún sitio. El autor llama voluntad a eso que en el lenguaje común se denomina "tener fuerza de voluntad": firmeza, determinación, entereza, resolución, constancia, fortaleza. Tiene una notable aprensión a internarse en lo que queremos decir con esas palabras polisémicas y muy devaluadas: amor y amar. Aunque tiene toda la razón al no meterse en honduras: puede decirse que los filósofos que han intentado hincar el diente al tema de la voluntad, se han dejado los dientes. Así el nominalismo, o Nietzsche. Otras filosofías, clásicas o recientes, soslayan un tanto el problema, y reducen lo humano a la capacidad intelectual, terreno más conocido y transitado. En este sentido Marina es tan intelectualista como pueden serlo Aristóteles, Santo

BIBLIOGRAFÍA

Tomás y muchos filósofos modernos. La cuestión de la voluntad sigue esperando que alguien consiga plantearla bien, de manera que se apunten vías para entenderla; hará un gran favor para que sepamos mejor lo que es «ser humano».

La segunda conclusión es más positiva: Marina estudia con detenimiento las posibilidades que tenemos para realizar una dirección inteligente de la conducta, si se atiende a lo que han encontrado las ciencias más activas sobre el hombre en los últimos tiempos. Ahora bien, en terminología clásica, la dirección inteligente de la conducta se denomina virtud de la prudencia. De manera que el autor hace un buen trabajo para ver en qué queda la virtud de la prudencia, teniendo en cuenta los recientes conocimientos acumulados sobre el hombre. La voluntad perdida no se encuentra, pero en cambio el autor consigue hallar la virtud de la prudencia; aunque con otra etiqueta por nombre. De su mano asistimos al redescubrimiento y fundamentación de aspectos ya conocidos por la filosofía clásica, como el dominio político y no despótico que tenemos sobre pasiones, motivaciones, sentimientos, etc. No es una cuestión menor, con ella nos jugamos gran parte de nuestras posibilidades de conquistar la libertad. También aborda gran profusión de cuestiones de interés, muchas de ellas novedosas, o planteadas con un enfoque nuevo, en diálogo con lo mejor de las ciencias actuales sobre el hombre. El lector avisado que consiga no perderse con nombres nuevos de viejas cuestiones, hará bien en no privarse de disfrutar del libro, y de los que le preceden.

Tirso de Andrés Argente